

Juvencastral 22



EL MUSEO POPULAR

PERIÓDICO-BIBLIOTECA

Año I. SEMANARIO ILUSTRADO de literatura, ciencias, etc. PRECIO 25 céntimos cada número. BIBLIOTECA ILUSTRADA Publica tres obras distintas. Núm. 5.º

CUENTOS MADRILEÑOS

El adivinador de pensamientos.

Mauricio Taflete, antiguo conocido mio, es bellissimo sugeto de relevantes prendas morales y físicas, rico, emprendedor y activo como él solo, y tan amante de todas las manifestaciones del progreso, que, sin exagerar, puede decirse de él, no tiene rival que le aventaje.

Cuando estuvo en moda la *frenología*, él la estudió con ahinco, y durante algunos meses no se habló en su casa más que de Gall y de los órganos de la *acometividad* y de *amor al sexo*, y de las protuberancias que revelan el *cálculo* y la *previsión*, y de todo el *casillero* frontal y occipital, etcétera; ni se hizo otra cosa que experimentos en las cabezas de parientes, amigos y servidores, chicos y grandes, mujeres y hombres.

Después, á la *frenología* siguió el *mesmerismo*, y fué de ver el sinnúmero de en-

sayos que Mauricio practicó para magnetizar á todo bicho viviente.

Más tarde estudió el arte de adivinar la longevidad de las personas por la contemplación de las rayas de las manos, y á cuantos habitaban con él y pisaban los umbrales de su casa sometióles á su experimento y *velis nolis*, les predijo el tiempo que les restaba de vida, con lo cual, dicho se está que Taflete se enemistó con muchos y fué tenido por loco, á juicio de la mayoría.

Llegó á sus manos un folleto de Cumberland, referente á la adivinación del pensamiento, y todo quedó postergado ante el novísimo descubrimiento, el más excelente y transcendental de cuantos conoció la especie humana. Mas el estudio del folleto traducido del inglés no le dió resultado positivo. La práctica no respondió á la teoría, y á punto estuvo de volverse orate el buen Mauricio, si los ayunos de Tanner no le hubieran sugerido la idea de meterse á ayunador.

Cinco días estuvo sin comer: cinco días

que le costaron más de veinte visitas del médico y Dios sabe cuánto dinero en medicinas para poner en orden el estómago. El último de los cinco fué un día fatal para Pepita, que ya se tuvo por viuda, y para Claudio, su confidente.

Pepa es su consorte y víctima.

Claudio, el amigo único que le quedá de cuantos han padecido los asedios científico-recreativo-experimentales del frenólogo, magnetizador, ayunador y adivino. El único amigo... y también mártir, como la esposa de Taflete.

Y á propósito.

A punto fijo no se sabe si cuantos conocen al marido de Pepita, cuando ven á éste, sea donde fuere, se sonríen con malicia ó le miran con lástima por sus aficiones, ó por las aficiones de Pepa y de Claudio, cuya amistad parece ser más íntima que lo lícito y acostumbrado entre las señoras casadas y los amigos de sus respectivos esposos. Pero, sea por lo que quiera, es el caso que todo el mundo murmura, y que el cónyuge de



Cacería de búfalos en Africa.

Pepita (una real moza, dicho sea entre paréntesis), es el blanco de la mordacidad y del *galeotismo* de sus amigos, conocidos, vecinos, parientes y criados.

Por nuestra parte, hagámonos superiores á esas pequeñas miserias y dejemos con su tema á cada loco, para ocuparnos de Taflete y de su última afición.

—¡Vengo entusiasmado!—dijo el otro día á su consorte y á su amigo.—Mister Cumberland ha llegado á Madrid y va á hacer experimentos de su prodigiosa especialidad.

—¿Qué hace ese mister?—preguntó Pepa no muy tranquila.

—Adivina el pensamiento ajeno.

En poco se desmaya la íntima de Claudio al oír tales palabras. Se acordó de los efectos del folleto de marras, y sin querer acudió á sus mientes el manicomio del doctor Ezquerdo.

Pero limitóse á intentar disuadirle aunque sin esperanza de éxito, y ya no se habló más del asunto.

¡Ah! ¡Bien se lamentaron luego á solas ella y Claudio de la manía de Taflete!

El día temido por éstos llegó.

Mauricio, testigo de las experiencias de Mr. Cumberland, presentóse de improviso noches pasadas en el gabinete de Pepita á la sazón en que ésta se hallaba casualmente con Claudio.

La mujer y el amigo no debieron agradecer la presencia del marido á juzgar por lo cortados y cariacontecidos que estaban.

—¡De hoy no pasa! ¿Qué de hoy?... ¡de ahora mismo!—exclamó Mauricio poseído de extraña sobreexcitación.

Pepita echóse á temblar, y Claudio, como si temiera una agresión, púsose á la defensiva.

—¡Ahora mismo voy á saber!... A ver, tú, Pepa, siéntate aquí, en esta butaca. Voy á saber...

La esposa obedeció temblando.

—Dame las manos... ponlas así...—siguió Taflete.—Vais á ver cómo adivino el pensamiento lo mismo que Cumberland.

Pepa y Claudio se tranquilizaron, y á la expresión de alarma retratada en sus semblantes sucedió una sonrisa burlona.

El marido, que sin duda se sentía inspirado, no observó nada. Concentró su atención y después de decir:

—Piensa algo... cualquier cosa... en lo que has hecho recientemente...

Después de decir esto aplicó toda su actividad psíquica á la sensación producida en sus manos por el contacto de las de su esposa. Cerró los párpados y quedó inmóvil.

Religioso silencio imperó en la estancia durante un minuto.

Claudio y Pepita se miraron y volvieron á sonreír.

La fisonomía de Mauricio expresó algo muy violento y muy desagradable. Hizo un gesto de contrariedad, separó con disgusto sus manos de las de Pepa, abrió los ojos y murmuró:

—O tú te burlas de cosa tan seria como es ésta, ó yo estoy ofuscado... completamente ofuscado.

—Pues ¿qué ha pensado Pepita?—interrogó Claudio.

—¡Diabluras de ésta! Algo muy escabroso y difícil de decir... Si yo fuese celoso...

Mas debe ser que no estoy bien predispuerto...

—Pero ¿qué es ello, hombre? ¿En qué ha pensado tu mujer?—insistió el amigo.

Taflete se llevó ambas manos á la cabeza, lanzó un suspiro y contestó:

—Ha pensado... en un drama de Echegaray: en *Lo que no puede decirse*.

Pedro J. Solas.

¡SOÑANDO!...

Iba camino del cielo
¡te encontré!...
y deteniéndome, dije:
¡¡Ya llegué!!

P. Sañudo Autrán.

LA DUQUESA DE HIELO Y EL CORCOVADO DE ROMA

(Continuación.)

¡Cuál no sería su asombro al ver que Salvatore era lo contrario de lo que se había figurado. Procuraremos hacer el retrato del joven cantor.

Su estatura era pequeña, su cuerpo sumamente delgado y sus piernas torcidas. Las manos y los pies los tenía largos en extremo, como los de los cuadrumanos, y una monstruosa joroba completaba el cuadro de tantas imperfecciones. Sólo su rostro, de una dulzura extremada, estaba en armonía con su voz: en aquel rostro de ojos hermo-



Tipos marroquíes.

sos y rasgados, frente pensadora y labios en los cuales asomaba á cada instante una amarga sonrisa, había esa sombra de amarga tristeza que suele ser peculiar de los desgraciados.

Cuando el complaciente capellán hizo la debida presentación, Ana no fué dueña de evitar un movimiento de sorpresa.

Contúvose, sin embargo, inmediatamente, y acogió con benignidad al artista.

En el momento en que éste se despidió, rogóle que no dejase de ir á visitarla con frecuencia.

Cualquiera hubiera creído que quedaba desencantada, y no era así, pues si bien la figura del cantante distaba mucho del bello ideal que se había imaginado, su voz armoniosa y su conversación amena y agradable hirieron las fibras más sensibles de su alma.

Salvatore iba á visitarla, no con tanta frecuencia como ella hubiera deseado: decimos esto, porque el amor se había apoderado de su pecho, predispuerto para recibirlo.

Por la vez primera de su vida amaba.

El hielo se había derretido.

Cuentan que Mahoma ha dicho: «Ya que la montaña no viene hacia mí, yo iré hacia la montaña.»

Ignoramos si fué ó no verdad que el falso profeta se haya expresado en estos términos.

Lo que no ignoramos es que al ver la duquesita que Salvatore no manifestaba con la voz lo que daban á entender sus ojos, alentó su timidez y provocó una confesión en un todo conforme con sus sentimientos.

Segura de amar y de ser amada, le faltaba, para el complemento de su felicidad, arrancarle el consentimiento á sus tutores.

Esto era muy difícil, lo sabía muy bien, pero no dudó en abordar la cuestión.

Tanto el príncipe de Torlonia como el marqués de Otranto, creyeron

que la joven se había vuelto loca ó que no hablaba seriamente; habían visto á Salvatore y les parecía imposible que el jorobado, á pesar de su voz arrulladora, hubiese podido encender una pasión en el pecho de Ana. Insistió ésta, y entonces tuvieron que darle crédito.

Con dulzura, pero con entereza á la par, le negaron el consentimiento que para casarse solicitaba, haciéndole presente la desigualdad de clases y diciéndola que sería el hazme reír de la nobleza y de Roma entera si se casaba con el tenor.

—Bien está,—dijo la joven al ver que no conseguía su objeto.—Yo acudiré á una persona que tiene más poder que todos los tutores que hay en el mundo.

—¿Quién es esa persona?—preguntó el príncipe después de haber cambiado una mirada con el marqués.

—¡El Santísimo Padre!—respondió Ana con una voz que revelaba una decisión inquebrantable.—¡Yo me arrojaré á sus plantas; yo le diré que amo á un hombre que no tiene más defecto que ser desgraciado, y el sucesor de San Pedro, de aquel pescador humilde que predicaba las adorables doctrinas del Redentor, me escuchará y me dará amparo!

¿Qué me importa á mí lo que pueda decir la nobleza?...

¿Qué las necias burlas del pueblo de Roma?...

¡Lo que deseo es mi felicidad, y la obtendré á toda costa!...

En fin, queridos lectores, por abreviar diremos que la hermosa doncella satisfizo al cabo su deseo, casándose con el tenor de San Juan de Letrán, que de la noche á la mañana se encontró dueño de aquella soberana beldad y duque consorte de Albano.

Creemos innecesario añadir que la orgullosa nobleza romana volvió la espalda á la desigual pareja, y que circularon infinidad

CANTARES

Una vez solo se nace
y otra se muere también,
y amor puro y verdadero
sólo se tiene una vez.

Mi madre me preguntaba
que quien me hacía llorar;
desde el día que te vió
no me lo preguntó más.

Las lágrimas de mis ojos
han formado una laguna,
sumergida está la dicha
y flota la desventura.

F. G. M.

TIPOS AL FRESCO

(Conclusión.)

Dióle una vez la feliz ocurrencia de conmemorar el aniversario de un personaje célebre, y al efecto dispuso una función dramática, en que tomaba parte como actor, director, pintor, escenógrafo y decorador del teatro.

El comandante estaba en sus glorias; ni un momento de reposo se permitió en los días que antecedieron á la celebración del gran suceso.

Su afición al verde musgo convirtió la sala del coliseo en prado férax, y en su amor á todo lo original y nuevo, construyó un magnífico y hermoso arco iris que hizo caer desmayados á muchos espectadores.

Para organizar estas solemnidades artísticas no tenía igual.

Aquello era un ciclón, más que un ciclón un terremoto.

Temblaban hasta las bambalinas.

La concha del apuntador se transformaba en caracol, las butacas yacían patas arriba,

y el telón de boca, boca abajo.

El gran artista pensaba como el profeta de la Biblia.

«No ha de quedar piedra sobre piedra.» No, no quedaba, ni punto de reposo para los que caían bajo su inmediata férula.

El hombre sudaba á los siete grados bajo cero.

De tal modo trasegaba. Eso sí, triunfaba en toda la línea.

El día de la función era seguro que habían de ocurrir accidentes imprevistos ó inesperados cataclismos.

Pero la función se daba, saliendo los espectadores, ya que no satisfechos, mareados.

Pues no digo nada para organizar procepciones.

Antojósele una vez, por Semana Santa, y estando de guarnición en un pueblecillo,



Mujer y niño de Marruecos.

de sátiras y versos epigramáticos. En unos se les llamaba á Ana y á Salvatore, Galatea y Poliferno, y en otros se les daba el nombre de Venus y Vulcano.

La duquesa, si llegaba á conocer aquellas sátiras, no les daba la menor importancia. Se sentía todo lo feliz que uno puede ser en esta vida, y saboreaba su dicha exenta de culpa y de remordimientos. Apenas se presentaba en público y en compañía de su esposo, y siempre en carruaje, daba largos paseos por la pintoresca campiña de Roma.

Ya había determinado ir á vivir á una villa ó casa de campo que poseía á dos leguas de la ciudad, cuando se sintió repentinamente enferma.

A. de San Martín.

(Se continuará.)

parodiar una procesión de Cartagena ó Sevilla.

Feliz idea.

Héte aquí al bueno de *La Enreda* gestionando el permiso de las autoridades militar y eclesiástica para vestir á los soldados de su batallón con hopalandas y capiruchos.

¡Qué admiración y qué alegría!

Entraba en sus proyectos la idea de tiznarles la cara con betún ó con almazarrón, para que fueran más judíos.

Se había puesto al habla con unas monjas vecinas por mediación del cura de la parroquia, tomando para ayudantes de órdenes al sacristán y al monaguillo.

Pero por fortuna del público y de las víctimas, su gran programa no se llevó á debido efecto.

Las autoridades no lo consintieron.

Sería prolijo enumerar el importante papel que el enciclopédico Taquillas desempeñaba en todos los actos públicos en que le era dado exhibirse.

A los ocho días de residir en un punto, le conocían hasta los lagartos, por la enfermedad de que se hallaba atacado en grado superlativo.

La chifladura crónica.

E. Ceballos Quintana.

FRAGMENTO

Me casé en la juventud,
tuve un hijo, flor de un día;
su madre, cual él moría;
ya estaba en el ataúd.
A vueltas con la amargura
de un dolor que nunca pasa,
cierta noche hallé en mi casa
una pobre criatura.
Llamó con gemido blando
á mi pecho paternal,
bajé con ansia al portal
y la recogí volando.
¡Era un niño! claramente
su miseria revelaba,
y escrito un papel llevaba
que decía lo siguiente:
«¡Martini, en nombre del cielo,
»pues sois tan caritativo,
»servid de padre adoptivo
»á ese infeliz pequeñuelo.
»Los que le dieron la vida
»no lo pueden sustentar,
»y tienen que abandonar
»una prenda tan querida!
»¡Estáis solo, en la viudez;
»todo vuestro regocijo
»se halla cifrado en un hijo,
»cifradlo en dos á la vez.
»Y el sacrificio aceptad
»con fe generosa y tierna,
»y Dios en su gloria eterna
»os premie la caridad!...
Guardé el papel, tomé al niño,
le dirigí una mirada,
dulcemente acompañada
de piedad y de cariño,
y vi en su faz candorosa
dilatarse una sonrisa,
como la luz indecisa
del alba sobre una rosa...
y embriagándome en la calma
del más profundo embeleso,
le dí en la mejilla un beso
y con aquel beso el alma!
¡Y tuve dos hijos!... ¡dos!
¡luego no tuve más que uno!...
¡y hoy me quedo sin ninguno
porque así lo quiere Dios!...

Marcos Zapata.

NUESTROS GRABADOS

Cacería de búfalos en Africa.—Las diver-

sas familias de animales que constituyen la numerosa especie bovina, cuyos representantes habitan en todas las latitudes de la tierra, obedecen en sus instintos fieros y selváticos á la influencia que en su organización ejercen los climas. Cuanto más ardientes son las zonas en que viven, mayor es su fogosidad y fiereza. El sol parece enardecer la sangre de estos cuadrúpedos, comunicándoles, cuando más directos son sus rayos, mayor suma de irritabilidad. Así, pues, la caza del búfalo es en extremo peligrosa, no solo por la fuerza y fiero carácter del animal, sino porque á semejanza de todos sus congéneres vive en grandes manadas; por rareza se le encuentra solo en las abrasadas regiones del Africa ecuatorial. Los machos más viejos, y por ende más experimentados, caminan á vanguardia del rebaño; al menor asomo de peligro dan la señal de alto, y ellos avanzan resueltamente á reconocer el campo y atacar al enemigo tan luego le perciben. ¡Ay del cazador que yerra el tiro ó logra solo herir levemente al animal! El furor y el encono de éste no conocen entonces límites. Persigue á su víctima, la asedia con creciente furia, y pocas veces deja de conseguir su sanguinario propósito. Una escena de parecida índole representa nuestro grabado. Un cazador europeo, acompañado de un buhman, su fiel negro, vaga por las abrasadas llanuras de la zona tórrida en busca de aventuras cinegéticas. Encuéntrase de improviso ante una manada de búfalos; y poco conociendo sin duda de la índole de estos animales, échase el rifle á la cara, y á pesar de las protestas del buhman descerraja un tiro ó uno de los machos que iban á la descubierta. Sentirse el búfalo herido, voltear al negro, arremeter al cazador, y disparar éste, entre la muerte y la vida, un segundo balazo, fué todo ello obra de un instante. Por fortuna del europeo la bala cónica de su rifle se hundió en el testuz del animal dejándole sin vida.

Tipos marroquies.—Es singular el interés, la curiosidad, el afecto que despierta en los españoles cuanto se refiere á Marruecos y á los usos y costumbres de sus habitantes. Estas ofrecen mayores singularidades cuanto más difieren entre sí las diferentes razas que pueblan aquél vasto territorio. Perfecta idea da el grabado que hoy publicamos de los tipos de la abigarrada sociedad marroquí presenta á las miradas del observador. Véanse en primer término dos árabes de hermosa y correcta fisonomía. Al lado del que está de frente, un beduíno de oscuridad, pómulos salientes y abultados labios da claros indicios de su brutal energía; tal vez pertenezca á la famosa guardia negra del emperador. Junto á él un morabito ó santón esconde en sus entornados ojos todo un mundo de hipócrita malicia. Por encima de estos asoma su bello rostro y contorneado busto el más perfecto tipo de la mujer marroquí dentro de su casa, cuando no teme que indiscretas miradas penetren los interiores de su vida íntima. Una esclava nubiana, mestiza tal vez, parece esperar detrás de su señora, con su habitual indiferentismo, las órdenes que á bien tenga darla. En el lado opuesto hallanse un viejo y una joven perfectamente caracterizados. Son en sus rasgos fisionómicos dignos representantes de los descendientes de Israel. Y prescindiendo de otros tipos de menos importancia, completa esta singular agrupación de caracteres y fisonomías el indomable habitante de las comarcas fronterizas á la Argelia, envuelto en su amplio jaique y cubierto la cabeza con el enorme sombrero que sirve unas veces de quitasol y otras de paraguas.

Mujer y niño de Marruecos.—Hélos ahí con su extraño atavío y estética hermosura, que les asemeja algo á las antiguas arjáticas egipcias. No representa este grabado un dibujo de capricho, sino verdaderos retratos de la mujer y el niño marroquies, que presentaron en Africa al general O'donnell, para que admirase en ellos los más acabados modelos del plástico carácter de una raza. Ocasión es esta, puesto que de la mujer marroquí se trata, de volver en algo por el buen nombre y fama de la misma. Súponenla, muchos que de las cosas de Marruecos tratan, como fácil y lasciva de suyo; pero de que en Tánger, ó *Tanja*, según dicen nuestros hombres de mar en toda la costa de levante y en algún otro puerto del litoral, como Rabat y Larache, por la afluencia de extranjeros que suelen hacer más poderosas las tentaciones, se hayan dado casos en que la mujer marroquí ha faltado á sus deberes de esposa, ó bien no ha tenido reparo alguno en manifestar su amor y sus deseos al hombre que los inspiraba

ése sigue de esto que deba calificarse á todas en absoluto de fáciles y libidinosas? Injusto sería tal proceder, y á él, sin embargo, ajustan su criterio los escritores á que antes aludo. Salgan de Tánger, peretren en el corazón del país, y no hallarán, ciertamente, muy á menudo ejemplos de inmoralidad y descoco en que fundar sus aseveraciones. Si por tan estrecho criterio hubiésemos de medir á las mujeres de España, ¡qué deberíamos decir de ellas! Ultimamente, en un país en que el adulterio se castigaba antes en el uno y el otro sexo con penas horribles, y hoy con encarcelamiento ó un centenar de palos en el vientre ó en las plantas de los pies, no puede considerarse á la mujer sumida, generalmente hablando, en tanta degradación é imprudencia. Y téngase en cuenta que sus virtudes deben ser en ellas más estimadas que en las mujeres de otros países, porque el ardor del clima en que viven, el aislamiento que las rodea, el continuo espionaje de que son objeto y otras muchas causas que omito, concurren de consuno á quebrantar los más dignos propósitos. Concédase, pues, á la mujer marroquí, salvo excepcionales casos, la virtud y el respeto que merece.

CHARADA

Mucho *segunda tercia*
cuando me pasa
algo que me disgusta
fuera ó en casa.

Es *segunda primera*
de los colores
que usan más en las sombras
hoy los pintores.

Si á *tres dos* una nota (1)
llego á juntar,
lo que el frío no deja
de hacerme estar.

El *todo* nunca falta
en cualquier casa,
sea de seda ó lana,
sea de paja.

Y hasta en el campo
tendrás, si no lo encuentras,
que improvisarlo.

S. C.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

CABEZA

SOLUCIÓN

AL GEROGLÍFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Quien de valiente hace alarde, es el más cobarde,

GEROGLÍFICO.



(Las soluciones en el número próximo.)

(1) Musical.

U. MONTEGRIFO, IMPRESOR, BAILÉN, 26.